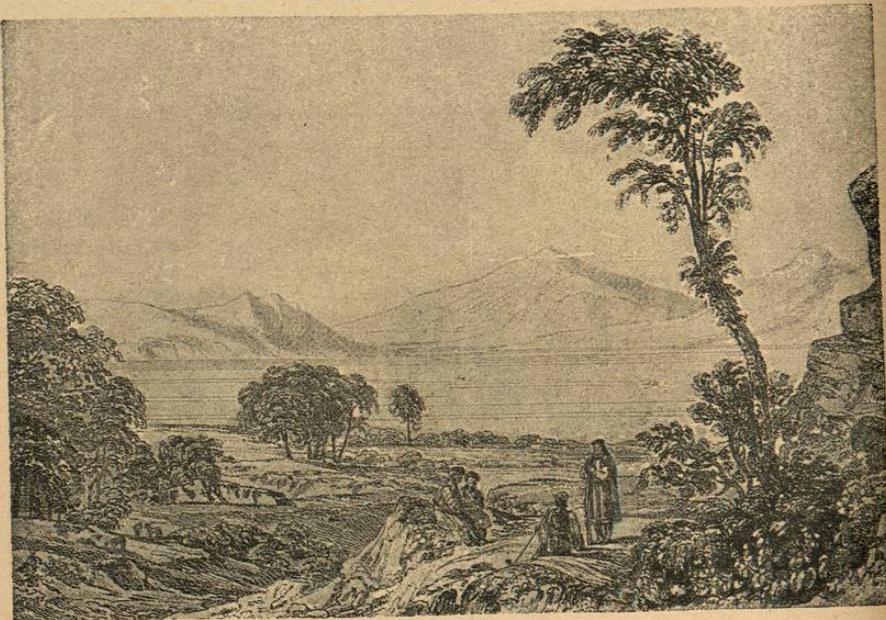


La isla de Antíparos posee una gruta curiosísima por sus estalactitas, mereciendo también citarse por igual motivo la de Sillaka, en la isla de Cythnos. En otra isla perteneciente al grupo de las Cícladas—la de Syra o Syros—se halla la ciudad de Hermópolis, que es una de las más populosas y mercantiles del Reino de Grecia. Otra isla muy notable en el día es la de Tinos, por el santuario de la Virgen que hay en ella, al que acuden en peregrinación grandes muchedumbres desde todas las comarcas del continente e islas de Grecia o pobladas por griegos.

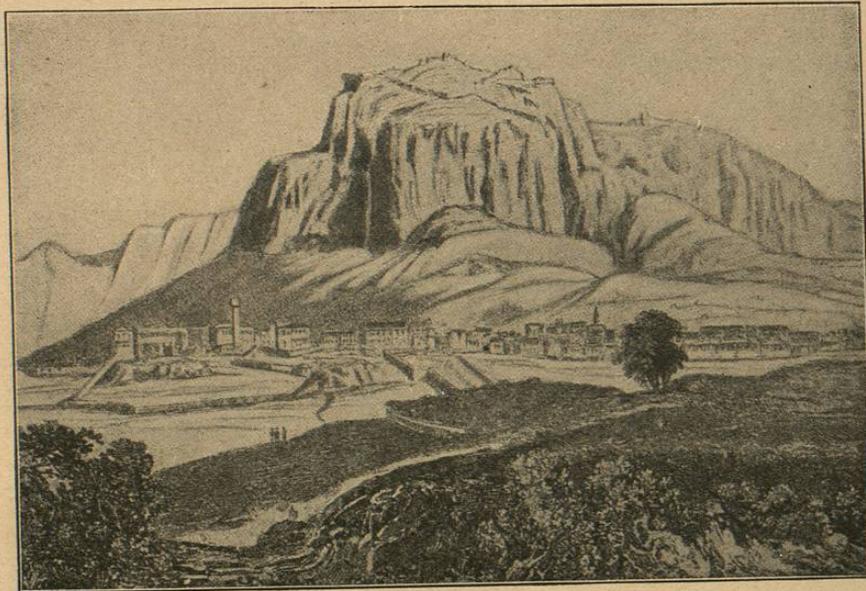
Tanto las costas de la Grecia continental como las islas vecinas, son



Golfo de Salamina.

en general ásperas, peñascosas y escasas de bosques. Se ha dicho de la Grecia moderna que es el esqueleto de la antigua, aunque ya el antiguo y célebre geógrafo Estrabón consigna lo desnudas de bosques que estaban en su tiempo las islas y comarcas marítimas de Grecia. De ellas sólo ia Arcadia y las montañosas costas de Akarniana y de la Etolia están cubiertas de bosques. Se forma el golfo de Salónica entre el continente cuyas costas venimos describiendo y la península de Cálkide, que avanza desde él hacia el mediodía, y que termina en otras penínsulas más pequeñas que se internan en el mar a manera de largos promontorios. El menos oriental de ellos acaba en el monte Athos o monte Santo, que se eleva 2.000 metros sobre el mar, y donde hay 935 iglesias y 20 monasterios, en que, bajo la soberanía del sultán de Turquía, a quien pagan un tributo, viven más de 6.000 entre monjes y dependientes legos, pertenecientes todos a la secta griega, constituidos en una a modo de república autónoma.

En el istmo que une al promontorio de Athos con el Continente hubo un canal, construido por disposición del rey de Persia Jerjes, que evitaba a las naves darle la vuelta para costear la Tracia, nombre antiguo de una región que tiene por límites por el mediodía la costa que vamos a describir, la cual va de este a oeste desde la península de Salónica o Kalkídica hasta el mar Negro; por el norte, la cadena de los Balkanes (antiguo monte Hemo); por el este, la misma costa del mar Negro, y por el oeste, la Macedonia, región perteneciente hoy en su mayor parte a la provin-



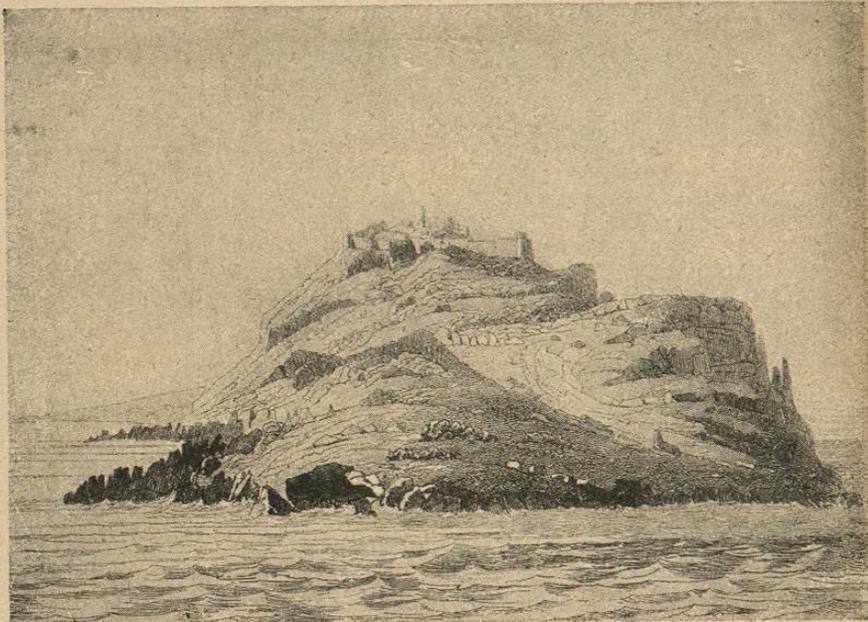
Corinto.

cia de Turquía llamada Rumelia, y en una pequeña, por el septentrión, a Bulgaria, cuyo territorio coincide en gran parte con el de la antigua Mesía.

Muchos ríos desaguan en esa costa de la Tracia comprendida entre la península de Cálkide y el Helesponto, y muchas grandes y famosas ciudades había en ella en los tiempos antiguos, que han desaparecido del todo, están reducidas a ruinas o son hoy miserables villorrios. Entre los primeros citaremos al Strymon, llamado hoy Struma; al Nestus (hoy Mesta) y al Hebro, actual Maritza; entre las últimas, a Potidea, Olintho, Alcantho, Anfipolis, Stagiros, Abdera y Enos. La más notable de las que al presente hay es la de Kavala, antigua Neápolis, situada no lejos del campo de batalla de Filipos, inmediato a la ciudad de este nombre, de que se ven todavía las ruinas. Antes de la boca del Helesponto se abre, en la costa septentrional de la Tracia, el golfo, llamado antiguamente de Melas y hoy de Galípoli, limitado por el mediodía por la península de este último nombre, y que llevaba antiguamente el de Quersoneso de Tracia, lengua de tierra de no menos de 40 millas de largo, cuya ribera oriental forma la europea del Helesponto, estrecho de Galípoli o de los Dardane-

los, que de esas tres maneras se llama al canal que comunica al mar Egeo con el de Mármara o Propóntide, canal que no es más ancho que un río caudaloso.

Había en la antigüedad varias ciudades en su orilla europea, de las cuales las más nombradas eran las de Sextos, Galípoli y Patkye. La famosa ciudad de Troya o Ilión estaba en la costa del Asia Menor, poco antes de la boca del Helesponto, y ya dentro de éste, las de Abydos y Lampsaco, la primera de las cuales se hallaba enfrente de la ya nombrada de Sextos, situada, como ya se ha dicho, en la orilla europea y separada de ella por una distancia de unos dos kilómetros. Por esa parte del



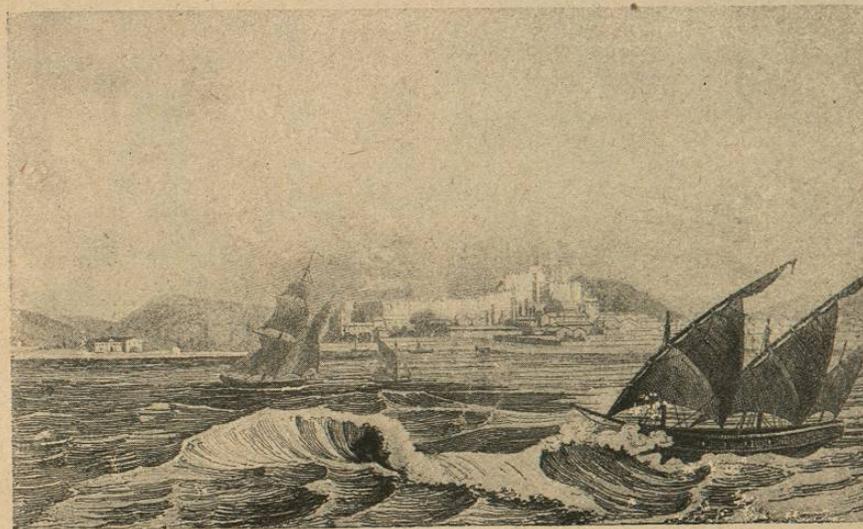
Pilos.

Estrecho hizo tender Jerjes el puente de barcas por donde pasó el inmenso ejército con que invadió a Grecia el año 481 antes de nuestra Era. La ciudad de Galípoli ocupa el lugar mismo que la antigua. Cerca de ella hay dos fortalezas, llamadas los Dardanelos, que defienden el paso del Estrecho y le dan el nombre con que es generalmente conocido.

Sepáranse las riberas europea y asiática del Helesponto para formar el mar de Mármara o Propóntide, y vuelven a acercarse en el punto donde se abre el canal de Constantinopla o Bósforo de Tracia, que comunica dicho mar con el Negro o antiguo Ponto Euxino. El canal de Constantinopla es más corto y angosto que el de Galípoli, habiendo parajes en que no median sino 500 metros entre ambas orillas. Sobre él hizo tender Darío, el padre de Jerjes, un puente de barcas para que pasase por él el ejército con que invadió la Scitia.

Había también en la antigüedad varias ciudades en la orilla europea de la Propóntide, siendo la más notable de las que hay al presente la de

Rodosto. La de Constantinopla, fundada por el emperador Constantino en el asiento de Byzancio, era una de las innumerables colonias griegas que había desde las extremidades de España hasta el fondo del Ponto Euxino; se extiende, con sus muchos arrabales, palacios y quintas, por espacio de unas cuantas leguas, desde la Propóntide hasta cerca del mar Negro sobre ambas orillas del Bósforo, presentando con sus torres y cúpulas y con las floridas arboledas que rodean a muchos de sus edificios uno de los panoramas más variados y maravillosos del mundo. El arrabal de Pera, que es uno de los varios que componen la inmensa metrópoli, está en la orilla europea, separado de la parte de la ciudad llamada Stambul o

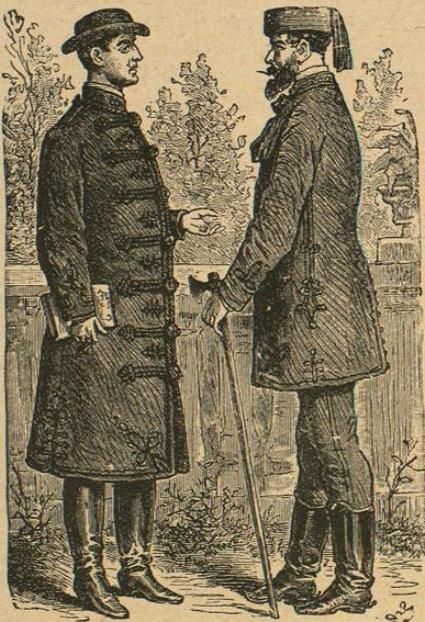


Patras (Grecia).

Stamboli desde bastante antes de la dominación turca, y que se halla también en la orilla europea, por el profundo seno que en ella se hace, llamado Cuerno de Oro. Los arrabales de Scutari y de Gálata pertenecen a la orilla asiática. La antigua ciudad de Calcedonia, célebre por el concilio que en ella hubo en 451, se alzaba también en la orilla asiática del Bósforo, cerca de su entrada, en terrenos que hoy pueden considerarse incluidos en Constantinopla. Los habitantes del Asia Menor o Anatolia llaman a Constantinopla Roma, nombre de que se ha derivado el de Rumelia, que se aplica al territorio formado por la Tracia y la Macedonia, parte del cual, llamado Rumelia oriental, pertenece a Bulgaria desde 1886.

Aunque hay en la península de los Balkanes vastas llanuras, su carácter general es montañoso, especialmente en su parte meridional. Pertenecen todas sus cadenas y grupos de montañas al sistema de los Alpes, que, irradiando desde los confines septentrionales de Italia en varias direcciones, forman diversas cadenas, algunas de las cuales, después de describir curvas, atraviesan la península, ramificándose en los territorios meridionales de ella, yendo a sumergirse en el mar y reapareciendo acá y allá en las innumerables islas del archipiélago griego. Las principales cade-

nas son la de los Balkanes o antiguo monte Hemo, que da nombre a la península, y que es continuación de la de los Alpes Transilvanos, que a su vez lo es de los Cárpatos, y las de los Alpes Dináricos e Ilíricos, que corren paralelamente a la ribera oriental del mar Adriático. Tanto los Balkanes como los Alpes Dináricos y los Ilíricos se dividen y ramifican en el interior de la península, dando origen a otros varios grupos y cadenas de montañas que van en todas direcciones, varias de las cuales, que penetran en Grecia, forman la región más meridional y también la más abrupta y quebrada de la península.



Sacerdote y noble magyares.

Una de ellas es la del Olimpo, que va muy cerca de la orilla occidental del mar Egeo y paralelamente a ella; otra la del Pindo, paralela a la del Olimpo, que después de separar el Epiro de la Tesalia, se bifurca en dos ramales: uno el escabroso monte Othrys, que se extiende de oeste a este, dejando entre él y el mar, que forma por allí el golfo Maliaco o de Lamía, el famoso paso de las Termópilas, y otro el monte Parnaso, que prosigue la dirección noroeste y nordeste del Pindo, formando como la espina dorsal de la Beocia.

Muchas de las montañas de la península de los Balkanes están cubiertas de bosques y son en alto grado pintorescas; pero en las cercanías del mar, por la parte de Grecia y en las islas del Archipiélago, se presentan áridas y escuetas.

Todos los ríos que desaguan en el mar Adriático o en su prolongación el mar Jónico tienen que ser de curso corto y poco caudalosos, por nacer en las cadenas de montañas que corren próximas a la costa; pero, como cuantos corren por las regiones de esa parte del mundo antiguo, son todos famosos por los recuerdos históricos invariablemente ligados con ellos. El Cetina y el Narenta corren por la Herzegovina; el Boiana, el Drin, el Scumbi y el Voyutza, por la Albania; el Arta, antiguo Aracto, y el Aspropótamo (río Blanco) o antiguo Aqueloo, por el Epiro; el Alteo y el Eurotas, a los cuales bastan para hacer notables el pasar el primero por Olimpia y el último por Esparta, corren por el Peloponeso.

que va muy cerca de la orilla occidental del mar Egeo y paralelamente a ella; otra la del Pindo, paralela a la del Olimpo, que después de separar el Epiro de la Tesalia, se

Una de ellas es la del Olimpo,

que va muy cerca de la orilla occidental del mar Egeo y paralelamente a ella; otra la del Pindo, paralela a la del Olimpo, que después de separar el Epiro de la Tesalia, se



Tipo de Galitzia.

Los ríos que se dirigen hacia el norte van a desaguar unos en el Sava, como el Una, el Urbas y el Bosna, que pertenece a Bosnia y le da nombre, y el Drina, que separa a esta última provincia del territorio de Servia; otros en el Danubio, como el Morava que corre por Servia, así como los dos también llamados Moravas que lo forman, y el Isker o antiguo Oescus, en cuyo valle está Sofía, capital de Bulgaria, el cual atraviesa la cadena de los Balkanes en todo su espesor.

Los principales de los que se dirigen al mar Egeo son el Vistriza y el Vardar, que corren por la Rumelia turca y desembocan en el golfo de Salónica; el Struma, antiguo Strymon; el Mesta y el Maritza o antiguo Hebro, que corren los tres por la antigua Rumelia turca y desaguan por la parte de costa del mar Egeo comprendida entre Salónica y la entrada de la Propóntide. De ellos, el primero nace en territorio de Bulgaria, no muy lejos de Sofía, y el último, en cuya

margen derecha se asienta la ciudad de Filipópolis, perteneciente a la Rumelia oriental, y por lo tanto a Bulgaria, nace también y desarrolla gran parte de su curso en la dicha provincia antes de entrar en la Rumelia turca, a la que pertenece la ciudad de Adrianópolis, situada en su orilla izquierda.

Algunos ríos, aunque pocos y de escasa importancia, como el Pravadi; el Kankdera, que limita por el mediodía a la Rumelia oriental, y el Kanchik, los tres pertenecientes a Bulgaria, van a desaguar en la parte de la costa del mar Negro comprendida entre el Bósforo y las bocas del Danubio.

Hay varios ríos de la península de los Balkanes, especialmente en la Albania y en la Tesalia, que van a desaguar en lagos, y hay también muchos, sobre todo en la Bosnia, en la parte septentrional del litoral del mar Adriático correspondiente a la Croacia y a la Dalmacia y en el Peloponeso, cuyo curso es en gran parte subterráneo, tan pronto apareciendo sobre el suelo como escondiéndose en cavernas, grietas o sumideros, y



Buhoneros eslovacos.

corriendo largos trechos por debajo de tierra para volver a darse a luz leguas adelante o para seguir por siempre ocultos.

La hidrografía subterránea de la Croacia y de la Dalmacia septentrional está muy estudiada, pudiéndose seguir, aunque a veces con peligro, los cursos de muchos ríos y de sus afluentes por debajo del suelo, donde hay lagos, cascadas y todos los demás accidentes que suele haber en los ríos que corren sobre la superficie de la Tierra. Es frecuente que los caminos de esas corrientes de aguas sean galerías y cavernas, cuyos techos y paredes estén cubiertos de estalactitas y concreciones calcáreas del más extraño efecto. También son muy curiosas las especies de peces sin ojos que viven en esas aguas subterráneas. Hay que contar también entre los ríos de la península de los Balkanes al Sava, que desagua en el Danubio junto a Belgrado, capital de Servia, y al mismo Danubio desde Belgrado, donde ha recibido ya las aguas del Tissa, del Drava y de otros grandes afluentes que le llegan por el norte hasta su desembocadura en el mar Negro, pues ambos forman el límite septentrional de ella.

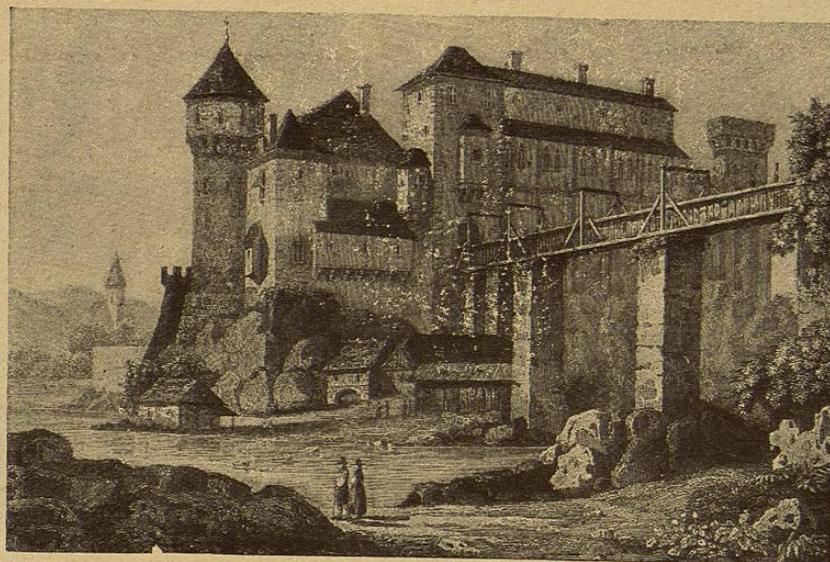
Toda la cuenca del Danubio, hasta varios cientos de kilómetros arriba de Belgrado, es muy pantanosa, desbordándose con frecuencia, tanto él como sus afluentes, y cubriendo inmensas extensiones de tierra, que cuando vuelven todos esos ríos a sus cauces ordinarios quedan empapadas y sembradas de pantanos y juncales. Poco más abajo de Belgrado recibe el Danubio, también por el norte, las aguas del Temes, llegando a las hoces o gargantas de 16 leguas de longitud entre todas, por donde atraviesa los Alpes de Transilvania, con tanta agua como todos los ríos del occidente de Europa juntos, sin excluir de ellos al Rhin, al Ródano y al Po.

De esas hoces, abiertas las más de ellas en roca viva, la más notable es la de Kasan, formada por dos peñas tajadas que dejan sólo un espacio de 150 metros entre ellas, por donde el río, que poco antes tiene una anchura de 1.500 metros, penetra con grandísima violencia. Esa hoz de Kasan es la verdadera *puerta de hierro*, llamada así, sin duda, como otros desfiladeros del mismo nombre que hay en Oriente por la que habría antiguamente en el camino labrado en las paredes verticales de las peñas de la orilla meridional, donde hay una famosa inscripción del tiempo de Trajano, cuya situación suelen consignar muchos mapas. En la orilla septentrional o húngara se ha construido también en el siglo último un camino notabilísimo por el atrevimiento de sus puentes y viaductos. Llámase, sin embargo, Gran Puerta de Hierro, o Puerta de Hierro simplemente, al paraje del curso del río poco más abajo de este que decimos y de la villa de Orsova, peligrosísimo de navegar por los muchos islotes peñascosos, escollos y arrecifes que lo obstruyen.

Precisamente en esa villa de Orsova, situada en la orilla izquierda o húngara del río, tuerce éste hacia el sur, rumbo que conserva hasta más abajo de Vidin, y deja de partir límites entre Hungría y Servia, separando desde allí a este último Reino del de Rumania por unas 16 leguas hasta unas seis más arriba de Vidin, donde deja de tocar con Servia y comienza a ser frontera entre Rumania y Bulgaria hasta Silistria, donde penetra por completo en territorio de Rumania, separando entre sí sus provincias de Moldavia y Dobrucha.

Ya hemos nombrado los ríos que aportan sus aguas al Danubio por el mediodía desde la Puerta de Hierro hasta sus bocas. Por el norte, a partir de la misma Puerta de Hierro, recibe las aguas del Sil, del Aluta, del Argesiu, del Sireto y del Pireto, aparte de otros menos importantes. De ellos,

el Sil, formado por otros dos ríos del mismo nombre, uno de los cuales arrastra arenas de oro, y el Aluta atraviesan los Alpes de Transilvania, como el mismo Danubio, el primero por la hoz de Vulcano y el segundo por la Torre Roja, corriendo después por la Valaquia; el Argesiu, que corre también por la Valaquia y se junta con el Dumboviza poco antes de desaguar en el Danubio; el Sireto y el Pireto, que nacen en los Cárpatos y bajan desde el norte paralelamente a ellos, el primero a lo largo de la Moldavia, recibiendo antes de desaguar en el Danubio las aguas del río Bistriza, que nace en los Cárpatos, y que no hay que confundir con el Vistriza, que desagua en el golfo de Salónica, y las del Buseu, que atraviesa los Cárpatos, y el segundo, o sea el Pietro (*Pruth*), separando en casi todo su curso de 80 leguas a la Moldavia de la provincia de Besara-



Castillo de Hunyades, en Hungría.

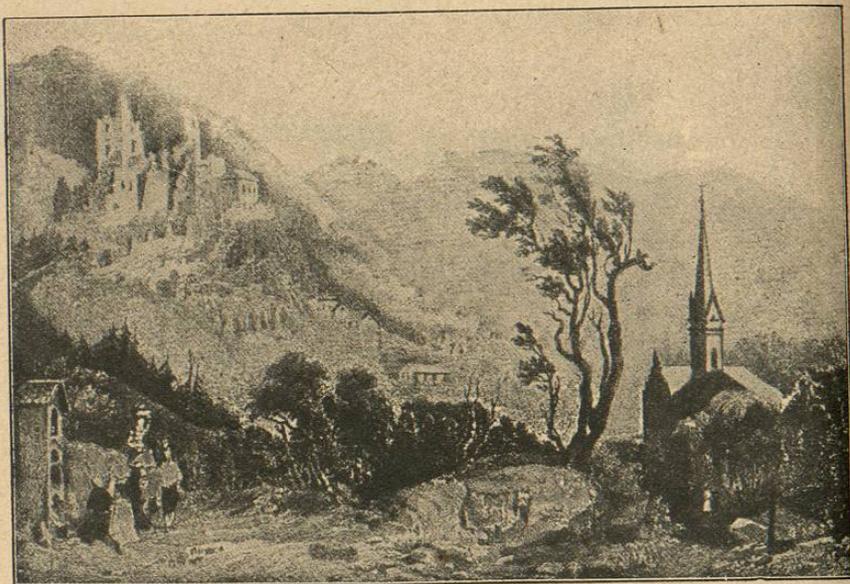
bia, que fué antes políticamente, como sigue siendo étnicamente, de Rumania, y es hoy una provincia del Imperio Ruso.

El Danubio, que, corriendo hacia oriente desde cerca de Vidin, tuerce bruscamente su curso hacia el norte al topar con las tierras altas de Dobrucha, conservando como unas 35 leguas la nueva dirección, recobra la antigua poco antes de su confluencia con el Pireto, y corre ya directamente al mar Negro, partiéndose unas 10 leguas antes de llegar a él en tres brazos, de los cuales el más septentrional, llamado de Kilia, es el más útil para la navegación. El de en medio se llama de Sulina, y el más meridional, de San Jorge. Esos brazos se subdividen a su vez en otros, resultando, en definitiva, ser muchísimas las bocas por donde el Danubio se derrama.

Hay muchos lagos en la península de los Balkanes, aun sin contar los numerosos que se forman en las cercanías del Danubio, especialmente en las tierras bajas de su curso inferior, y en las de los grandes ríos que le

tributan sus aguas. Entre ellos citaremos al Ocaridea, donde nace el Drin Negro, no lejos de la ciudad de Monastir, en Macedonia; el Scutari, en la Albania, muy cercano al mar, con el que lo pone en comunicación el río Boiana, en el cual lago de Scutari desaguan varios ríos, y el Kopais, en la Beocia, donde desagua el río Kifisos, muy cerca de la antigua ciudad de Orkomenos.

Ya hemos tratado acerca de las islas que pueden considerarse como dependientes de la península de los Balkanes al describir las costas de ella. Allí dijimos que se duda si adjudicar muchas de ellas a Europa o al inmediato continente del Asia Menor. Contribuye a aumentar la confu-



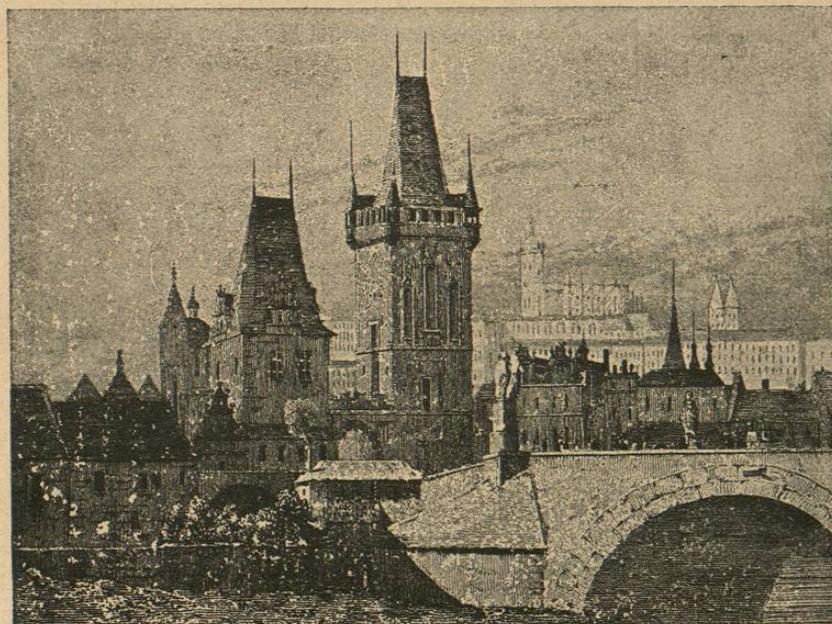
Trento (Tircl).

sión que reina en este punto el hecho de que en los remotos tiempos en que más figuran todas esas regiones, así insulares como continentales, en la historia, todas las riberas del mar Egeo, así europeas como asiáticas, pertenecían a lo que pudiéramos llamar *mundo griego*, aun sin extender este nombre, como sin ninguna exageración se podría, a todas las riberas asiáticas, europeas y africanas de los mares Negro y Mediterráneo, que estaban, como es sabido, cubiertas de colonias griegas.

Muchas de las islas vecinas de la península de los Balkanes son de formación volcánica, estando todavía en nuestro tiempo sujetas a frecuentes sacudidas y erupciones, tanto ellas mismas como los mares inmediatos, donde en los últimos siglos, y en el mismo XIX, se han visto aparecer y desaparecer islotes por la acción de los fugos submarinos.

La península de los Balkanes y las islas adyacentes poseen variedad grandísima de climas: los más fríos en la parte septentrional y continental, y los más dulces en las regiones meridionales y marítimas; por más que hasta en la misma Grecia, que ocupa su extremo sur y en que no hay

una sólo comarca que diste más de 30 leguas del mar, no sea raro ver muy cerca de territorios de clima frío palmas, cactus y otros vegetales de las zonas cálidas; pero, en general, en toda la península nieva y hiela en invierno, y con gran frecuencia y rigor en las regiones continentales. No es nada raro que se hiele el mar Negro, especialmente en sus orillas septentrionales y en las desembocaduras de los ríos, sucediendo a veces ser arrastrados témpanos de hielo por las corrientes hasta el mismo Bósforo. Todos los productos vegetales de las zonas templadas y algunos de las cálidas deben obtenerse, pues, y se obtienen efectivamente, en la península de los Balkanes y en sus islas.

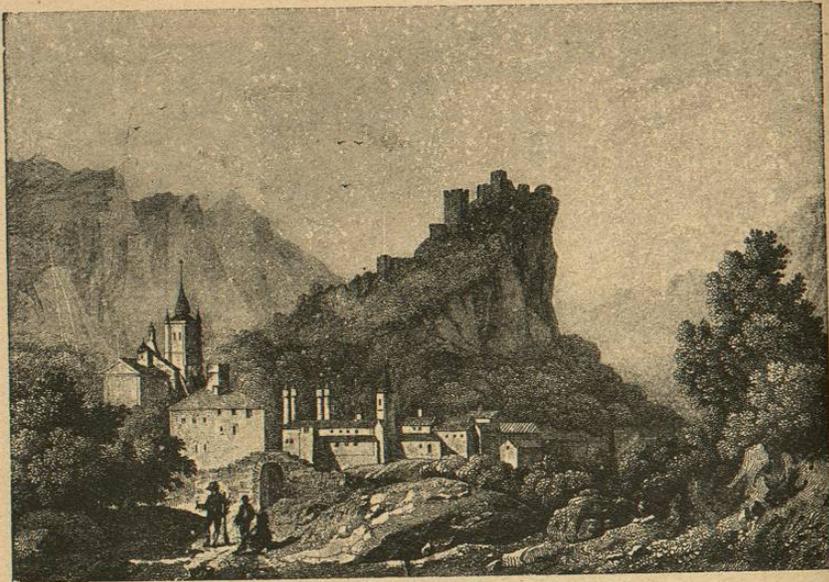


Puerta de San Juan, en Praga.

La península de los Balkanes, o, precisando más, su parte meridional y las islas vecinas de ella, son las comarcas primero y más antiguamente civilizadas de Europa. Grecia y sus islas estaban habitadas por pueblos cultísimos, divididos en multitud de Estados políticos; abundaban allí los poetas, los artistas, los estadistas, los filósofos, los oradores, los matemáticos, no habiendo ramo del saber humano a que no dirigiesen sus estudios e investigaciones con una lucidez e intensidad de pensamiento de que no había habido ni ha vuelto a haber ejemplo en el mundo; hallábanse esas comarcas cubiertas de ciudades, templos, palacios y monumentos de toda suerte, cuando todo el resto de Europa estaba sumido en las tinieblas de la barbarie, cubierto de bosques y de pantanos y poblado por tribus incultas, sin conocimiento del arte de la escritura y sin más relaciones unas con otras que las que pudieran derivarse del perpetuo estado de hostilidad en que estaban cada una de ellas con sus vecinas. De Gre-

cia irradiaron como de un foco luminoso los destellos de la civilización a todas las riberas de la cuenca del mar Mediterráneo y aun más allá de ellas, a las del Atlántico, hasta las costas septentrionales de España, y según todo induce a suponer, hasta las de las Galias y Bretaña.

Desde tiempo muy antiguo fueron los griegos estableciendo colonias en esas costas, primero en las de los mares Egeo, Tirreno y Ponto Euxino, que tenían más cerca, y más adelante, y poco a poco, en las más occidentales del mar Mediterráneo. Los establecimientos griegos llegaron a contarse por miles, siendo muchos de ellos colonias de segundo y tercer grado, o sea colonias de colonias. Marsella, por ejemplo, era una colonia



Castillo del Arco (Tirol).

de los Fókeos; pero no de los de la provincia continental de la Fókida, sino de los de la ciudad de Fókea, colonia fundada por estos últimos en la costa del Asia Menor. Asimismo la ciudad de Rodope, hoy Rosas, y la de Ampurias, ambas en la costa de Cataluña, eran también griegas: rodía la primera, fókea la segunda; pero no tampoco de la Fókida continental, ni siquiera de la Fókea del Asia Menor, sino de Marsella, que era, como acabamos de decir, una colonia de la segunda. En cambio, la celeberrima Sagunto era una colonia de primer grado, como fundada directamente por los isleños de la isla jónica de Zakinto o Zakunto, hoy Zante, que le dieron el mismo nombre de su metrópoli.

Conviene advertir que esas colonias griegas, a diferencia de las que suelen establecer las naciones modernas, no conservaban relación alguna política con sus metrópolis, sino que gozaban de independenciam absoluta desde el momento de su fundación, o mejor dicho, desde que los colonos que habían de fundarlas se embarcaban en sus naves, y como un enjambre de abejas que sale de la colmena materna, abandonaban las

playas de su patria, llevando consigo una chispa del fuego sagrado que ardía en los altares públicos de ella.

Puede decirse, pues, que Grecia es la madre espiritual de todos los pueblos europeos, sin exceptuar a Italia, cuya civilización es notorio que se derivó de la que los colonos griegos habían llevado a sus costas y a las de Sicilia desde muchos siglos antes de los primeros tiempos de la historia romana.

En el tercer siglo antes de nuestra Era, los macedonios, gente de raza, cultura y hasta lengua griegas, hicieron un Estado político de casi toda la península, al que incorporaron por conquista el Asia Menor, la Armenia, la Asiria, la Palestina, el Egipto, la Persia, la Bactriana y una parte de la India, inmenso Imperio de cuya desmembración a la muerte del gran Alejandro surgieron multitud de Estados, muchos de los cuales, después de innumerables vicisitudes, fueron cayendo uno tras otro en poder de los romanos.

En el siglo IV de nuestra Era Cristiana, Constantino trasladó la cabeza del Imperio de Roma a Constantinopla, nombre que en memoria suya tomó la colonia griega de Bizancio, fundada muchos siglos antes en la orilla del Bósforo de Tracia, y a fines del mismo siglo se efectuó la división del Imperio en dos partes, la oriental y la occidental, en la primera de las cuales entró, con otras muchas provincias, casi toda la península de los Balcanes.

En ese mismo siglo comenzaron las invasiones de los pueblos bárbaros en las provincias del Imperio Romano. La península de los Balcanes tuvo que sufrir desde entonces hasta la Edad moderna las de los godos, hunos, ávaros, búlgaros, serbios, croatas, magyares y otros pueblos germánicos, finicos y eslavos, muchos de los cuales se establecieron permanentemente en sus territorios, y por último, la de los turcos otomanos, que al apoderarse de Constantinopla, a mediados del siglo XV, dieron fin del Imperio de Oriente. Además de esas invasiones, hay que contar las muchas realizadas con motivo de las Cruzadas o con fines mercantiles por los genoveses, venecianos, franceses, catalanes y otros pueblos occidentales, conocidos colectivamente en Oriente con el nombre de *francos*, las cuales han dejado hondas huellas en la población de Grecia y de las islas de los mares Jónico y Egeo.

Toda la península, exceptuando algunos que otros lugares de la costa del Adriático, fué conquistada por los turcos en los siglos XIV y XV, y ha formado parte del vasto Imperio Otomano hasta el siglo XIX, en que las



Campesinos de Moravia.